Q. Ciceron, el hermano del Cónsul, habia pasado á su lado. Mas, se levantó Caton, y restableció la firmeza de la Asamblea. César llevó su tenacidad, hasta el punto de verse amenazado, con grave peligro de su vida, por las lanzas de una guardia de caballeros romanos, que custodiaba el edificio.» (*Suetonio, J. César XIV.*)

(29) Plutarco y Suetonio. *Vida de J. César.*—Para terminar estas ilustraciones y notas, vamos á reproducir el paralelo que, de Caton y César, hace Salustio; hélo aquí: «Caton y César fueron casi iguales en nacimiento, edad y elocuencia: iguales en grandeza de ánimo y en gloria; pero cada uno por su rumbo. César era reputado grande por su liberalidad y beneficios; Caton por la integridad de su vida. A aquel hizo ilustre su piedad y mansedumbre; á éste respetable su severidad. César se granjeó fama dando, socorriendo y perdonando; Caton, sin dar á nadie nada. Uno era el asilo de los miserables; otro la ruina de los malos. De aquel se alababa la afabilidad; de éste la constancia. En suma, César tenia por máxima trabajar, desvelarse, atender á los negocios de sus amigos, descuidando los suyos: no negar cosa que fuese razonable: para sí, apetecia dilatado mando, ejército, y guerra nueva en que campease su valor; Caton ponia su mira en la moderacion, en el decoro, y especialmente en la entereza de ánimo. Y así no aspiraba á ser más rico, ni á tener más séquito que otros, sino á exceder al esforzado en valor, al modesto en honestidad, al virtuoso en integridad de costumbres: queria, en fin, más ser bueno que parecerlo; con lo que cuanto ménos apetecia gloria, tanto se la conciliaba mayor.» (*Salustio, Conj. de Cat.*)

DISCURSO DÉCIMO.

CICERON.

Señores:

Esta noche vamos á ocuparnos de Ciceron. El nombre de este ilustre personaje ha sido, desde hace cerca de veinte siglos, y continúa siendo, uno de los más conocidos en el mundo de las letras; y en casi todas las anteriores conferencias lo han pronunciado, con respeto, mis labios, teniendo que agradecerle algunas noticias, ó interesantes, ó curiosas, para el asunto que nos ocupa. Comprenderáse que no podia ser de otro modo, si se recuerda que, Ciceron, no fué sólo un gran maestro en el arte de la palabra; sino que, al propio tiempo que orador insigne, fué escritor sapientísimo, y el hombre de más universales conocimientos de su patria. No hubo, no, allí, ántes ni despues que él, otro alguno, que pueda disputarle, con preferente título, la gloria de ser el

genuino representante del genio, poco original, pero enciclopédico de Roma.

Imposible me será, pues, deciros todo lo que decirse puede de Ciceron, ni áun todo lo principal que ofrece su laboriosa y dramática existencia, en el corto espacio de tiempo de que disponemos. Para sólo leer sus obras, sin detenerse á estudiarlas, se necesitan meses enteros. Para contemplar, despacio, todas sus elaboraciones intelectuales y los móviles y resultados de su conducta política; para descubrir los secretos de su carácter, no por todos los críticos de igual modo juzgado; para investigar y examinar los verdaderos motivos de los éxitos que obtuvo, y desaciertos que se le atribuyen, miéntras influyó como cónsul, ó senador, en el Gobierno de la república, menester sería que emprendiésemos un trabajo más ámplio y difícil, superior, quizá á nuestras fuerzas, y de todo punto irrealizable desde esta cátedra. Los que quieran estudiar, por completo, esta gran figura del mundo antiguo para conocerle, tal como era, con sus defectos y virtudes, con sus pequeñeces y grandezas, recurra á las colecciones de sus propias cartas, que se conservan, y á su biógrafo Plutarco; y mejor aún, á las dos extensas monografías que la moderna literatura tiene de la vida

de Ciceron, publicada la una por el francés Morabin y la otra por el inglés Middleton, y traducida esta última, al castellano, por el caballero aragonés Azara.

¿No es nuestro objeto, señores, conocerle en su calidad de orador? Sin duda alguna. Y, en este concepto, yo debo limitarme á exponer, aquí, lo que más útil enseñanza ofrezca, lo mismo de su carrera política, que de sus admirables producciones oratorias. ¿A qué referiros, como lo han hecho otros escritores de universal fama, ciertas particularidades del nacimiento de Ciceron, cuando, ahora ya, la supuesta ciencia de los *augures*, y los prodigios y vaticinios, no gozan de crédito alguno, y cuando el mismo Plutarco, dice que, en su tiempo, pasaban por vulgares preocupaciones? Impórtanos, sí, tener presente que habia nacido de una familia no plebeya, sobre todo, por parte de Helvia, su madre; pero tampoco ennoblecida con la púrpura senatorial. (Año 106 ántes de J. C.). Esto dificultaba su elevacion á los altos puestos de la República, porque, el patriciado romano, no abria fácilmente sus filas para dar entrada á los hombres nuevos, aun entónces que ya la democracia habia reñido, con vario éxito, grandes batallas en el Foro, presentándose, más que nunca, amenazadora; y cuando una

sábia política aconsejaba, á los nobles, atraer á su clase y absorber en ella todos los talentos superiores, aunque fuesen de plebeyo orígen, para quitar, de este modo, temibles caudillos á las muchedumbres.

En la época en que tuvieron lugar los primeros estudios de Ciceron, las letras griegas eran, en Roma, la base de toda buena enseñanza; sin que digan nada, en contrario de esto, las medidas que tomaron, contra ciertos retóricos, los censores Licinio Crasso, y su compañero Cn. Domitio. Amantísimo Ciceron, desde que era casi un niño, de la bella literatura, y dotado de una exuberante imaginacion, sus aficiones se dirigieron á la poesía. La cultivó, y no sólo tradujo la obra de Arato, sino que, á los 18 años, compuso un poema épico cuyo protagonista era Mario. Tamaños frutos de su precoz inteligencia, no impedian que, á la par, ayudase al jurisconsulto Mucio Escévola, en calidad de pasante, como diríamos ahora, recibiendo á su lado, lecciones teóricas y prácticas de derecho. Los grandes honores que, á su propia vista, se tributaban á la elocuencia, y la especie de soberania que, así en el Senado como en el Foro, ejercian los oradores, hicieron que la tribuna fuese el codiciado objeto de su ambicion. Pero distinguirse

en el arte de la palabra, de suyo dificilísimo, y en una época en que Sulpicio, Cotta, Hortensio, y otros personajes acreditaban, cada dia, sus talentos oratorios; y cuando la liza judicial brillaba aún, con los recientes prodigios de la elocuencia de Antonio y Crasso, era un empeño que, ántes de realizado, podria considerarse tan temerario como despues justificado y honroso.

Los estudios y ejercicios que practicó Ciceron, para prepararse á las luchas judiciales, nos extrañan, ahora, de seguro, mucho más que extrañaban á sus contemporáneos. Pareceria, aquí, ridículo que saliese un jóven abogado de las cátedras de derecho para ir á la escuela de declamacion; y que aprendiese la dialéctica y su aplicacion á la oratoria, así como la belleza del lenguaje, y cuanto contribuye á persuadir, con tanto y mayor esmero que los códigos, y lo demás que pertenece á la ciencia y dominio del jurisconsulto. Mas, allí, con ménos pretensiones, y una modestia más franca y sincera, no se admiraba nadie de que hubiese que aprender las cosas para saberlas; y como, por otra parte, toda controversia política ó forense se sostenia con la palabra hablada, siendo las arengas el mayor medio de propaganda y publicidad, de aquí el que se cultivase, la oratoria, con una solicitud propor-

cionada á su importancia, y á la eficacia de su empleo, en los negocios públicos.

Ansioso Ciceron, como he indicado, de los lauros que veia á otros conquistar en el Foro, prosiguió, cada dia con mayor ardor, sus estudios y ejercicios oratorios. El sabio Diodoto, que profesaba la filosofía estóica y residia en la propia casa de Ciceron, le adiestró en el uso de la dialéctica, enseñándole, además, diversas ciencias. Todos los dias componia y recitaba, unas veces acompañado de M. Pison, ó Q. Pompeyo, sus amigos, otras veces solo; y, con más frecuencia que en lengua latina, en lengua griega. Tenia, en la pronunciacion y la accion, los mismos defectos que Demóstenes, y gracias á las lecciones de los célebres actores Roscio y Esopo, pudo corregirse de ellos, y áun cambiar, del todo, su natural. Alentado por sus amigos y por aquel Emilio Escauro, grande hombre de Estado, de quien ya os hablé otra noche, que se ponia á sí propio como ejemplo de lo que un solo hombre puede levantar una familia decaida, ó ennoblecer una oscura y plebeya, se encargó de una causa criminal cuya defensa se temia que despertase el enojo de Sila. Pudo más que este recelo el deseo de probarse ante los tribunales, y un completo éxito coronó sus esfuerzos. Creyósele capaz de encargarse de los más

árduos negocios, compartiendo, por espacio de dos años, con los mejores abogados de Roma, las tareas forenses. Su manera de hablar era entónces impetuosa y vehemente, lo cual contrastaba con su color pálido, su demacracion, la flaqueza de su estómago, y su cuello y su pecho, que anunciaban una existencia enfermiza y no muy larga. Los médicos le aconsejaron que abandonase la tribuna; mas él «quiso exponerse á todo, ántes que renunciar á la gloria que le prometia la elocuencia.»

Con el triple objeto de restablecer su salud, de aprender otro método oratorio más acomodado á sus condiciones físicas, y de apartarse de las revueltas políticas de Roma, fuése á visitar la Grecia y el Asia, en cuyas escuelas brillaban, entónces, afamados retóricos y filósofos. De todos ellos tuvo algo que aprovechar. En Antioco, á cuyo lado permaneció seis meses en Atenas, admiró, además de las doctrinas de la vieja Academia, una palabra insinuante y dulce; en Menipo de Estratonia, una verdadera elocuencia, y la superior que habia entónces en toda el Asia; y en Molon de Rodas (haciendo caso omiso de otros), un raro talento para criticar y corregir. Este fué el que le enseñó á moderar el fuego de la palabra sin apagarlo, y á gobernar las fuertes emo-

ciones sin entibiarlas. Este fué, tambien, el que le ayudó á perfeccionar el estilo, reduciendo, á justos límites, «el caudal desbordado de una elocucion redundante.» No fué, pues, en balde, el viaje que tales frutos produjo, y del cual volvió Ciceron, á los dos años, notablemente robustecido.

El año que siguió á su vuelta del Asia (77 ántes de J. C.), continuó distinguiéndose mucho en la defensa de importantes causas, y anunciando ya, claramente, que era un temible competidor de Cotta y Hortensio; los cuales, aquel mismo año en que Ciceron solicitaba la cuestura, solicitaban el cargo de cónsul, el primero, y el de edil, el segundo. Otros dos años fué cuestor, habiendo servido, el último de ellos, en Sicilia, sin que en todo este tiempo, los deberes que su primer paso en la vida pública le imponian, le hiciesen abandonar sus predilectos estudios. De tal modo siguió cultivando las letras, la filosofía y la elocuencia, que, á su regreso á Roma, sus talentos oratorios habian adquirido la mayor perfeccion de que eran susceptibles. Así lo hizo ver, siempre que un asunto grave le llamaba al Foro, y así lo demostró, con testimonios que todavía duran, cuando despues de unos cinco años de ocupar, merecidamente, un puesto de preferencia entre

los mejores abogados de su patria, se encargó de perseguir á Verres, en nombre de los sicilianos, que acusaban á éste de haber cometido, en su gobierno de Sicilia, toda clase de maldades.

A Verres le defendió Hortensio, designado cónsul para el siguiente año, lo que le daba, sobre el tribunal, tanta influencia como podia darle su palabra. Ciceron estaba, á su vez, designado para edil, y gozaba ya, como orador, de un prestigio inmenso y de una fama universal: tenia entónces treinta y siete años, que para un hombre que tantos y tan sérios estudios habia hecho, casi es la edad de la razon pura, ó, por lo ménos, el período en que se alcanza una gran plenitud de inteligencia. La acusacion contra Verres dió motivo á la lucha más viva que jamás tuvieron ambos oradores. No debe, sin embargo, formarse idea de aquel gran proceso, que ocupó la atencion de la República entera, por los discursos que nos quedan de Ciceron. El asunto no pudo tener, ni tuvo, ante los jueces, el desarrollo oratorio que vemos en las *Verrinas*. Son estas, tales como se conocen hoy, la obra de un grande orador; pero de un orador que manejaba la pluma mejor todavía que la palabra.

No comprendo, señores, cómo podrá darse, sólo por referencia, ó sin más que la lectura de algun

breve período, una justa idea de estos famosísimos discursos de Ciceron. Cuando yo buscaba noticias sobre otros oradores, de que en pasadas conferencias os he hablado, cada frase suya que encontraba me parecia un estimable hallazgo, un rayo de luz que me permitia entrever su carácter oratorio; y no vacilaba en presentarla, aquí, como una probable muestra de las obras perdidas á que pertenecieron, y como un punto de apoyo de la crítica que inspiraba mis palabras. Mas, tratándose del grande orador latino, nada bastaria á describirle como era en el Senado y el Foro, cuando el genio de la elocuencia romana hablaba por su boca; como nada basta, tampoco, á describirlo como es en sus obras, sino sus obras mismas. Vanamente se intentaria pintar con palabras la luz, el aire, el sol. Podráse dar de ellos, en física, una definicion más ó ménos exacta; pero por mucho que os hablen del astro hermoso del dia, no sentireis en los ojos la fuerza de sus vivísimos fulgores; ni por mucho que os hablen de la luz, sentireis la impresion grata que produce, el verla descompuesta por el prisma. Algo análogo sucede con las obras maestras de Ciceron. ¿Quién, señores, que no haya oido á un grande orador, puede decir que le conoce? ¿Quién que no haya leido á un poeta eminente puede calcular

la fuerza de su génio, ni juzgarle? Pues con solo deciros que la mitad, y más quizá, del mérito que, á las obras de este hombre insigne se atribuye, universalmente, consiste en la armonía y demás bellezas de la forma, comprendereis la dificultad de pintarle, cual él merece, y la verdad requiere. «De todos los oradores latinos, ninguno hizo conocer mejor que él, al pueblo de Roma, el encanto y la fuerza que la elocuencia añade á todo lo que es útil y honrado, y cómo lo que es justo se hace invencible por la mágia de la palabra.»

Un hombre de tan raro mérito, no tardó en alcanzar, en el certámen de las recompensas políticas de su patria, la más ambicionada de todas, que era el consulado. Contribuyó á que los patricios le ayudasen, no obstante su repugnancia á elevar los *hombres nuevos*, la necesidad de confiar, el poder supremo, á manos hábiles y honradas que supiesen contener las aspiraciones demagógicas de Catilina y otros nobles, envilecidos y arruinados. Las fortunas de muchos grandes, habian pasado á poder de especuladores de humilde orígen, á consecuencia de vicios y despilfarros escandalosos; lo cual produjo, en el cuerpo mismo de la aristocracia, un partido compuesto de aventureros políticos, que veia, en las revueltas

y disturbios de la patria, el único medio de evitar su particular ruina.

Antes de declararse en guerra abierta contra el Senado y los Cónsules, los agitadores propusieron, por medio del tribuno Rulo, una ley agraria que era, acaso, la más grave de cuantas habian perturbado á Roma. Su objeto era nombrar *decemviros*, para que vendiesen todos los dominios de la República, y comprasen despues tierras para establecer colonias. ¡Admirable proyecto, y, sobre todo, fácil de ejecutar íntegramente! El Cónsul logró sobre los tribunos, una gran victoria, ménos ruidosa, pero no ménos importante, quizá, que la que despues, aquel mismo año, alcanzara sobre los conjurados. Tres discursos pronunció en aquella ocasion: dos ante el pueblo, y ante el Senado uno, que fué el primero. De éste son parte las siguientes palabras, que dijo despues de haber examinado la injusticia y la inmoralidad de la ley:

«Despojemos, pues, al mundo; vendamos nuestros dominios; arruinemos el tesoro de la República, y compremos tierras odiosas y pestilenciales, á fin de enriquecer á sus actuales propietarios. ¿Cómo se repartirán estas tierras? ¿qué plan se sigue? ¿qué órden se establece? Rulo dice «que se fundarán colonias.» Pero ¿cómo? ¿con

qué hombres? ¿en qué sitios? ¿No es todo esto muy digno de considerarse? ¿Crees, Rulo, que vamos á entregarte á tí, y á esos maquinadores que secundan tus proyectos, la Italia entera desarmada, para que sea puesta bajo la salvaguardia de vuestras guarniciones, ocupada por vuestras colonias, y oprimida por vuestras cadenas? ¿Quién nos garantiza, Rulo, que no estableceis una colonia en el monte Janículo, y que os será imposible convertir á Roma en tributaria, y quizá en esclava, de una nueva ciudad? ¿Dices que nunca lo harias? No lo sé de cierto, pero lo temo; y, de todos modos, no consentiré que la seguridad de Roma, pueda ser jamás un beneficio vuestro, más bien que el resultado de la prudencia comun.»

No creo que pueda discurrirse más hábil manera, de dar cuerpo á una sospecha inverosímil. Pero voy á leeros, tambien, la conclusion de este discurso, no por otra causa, sino porque el Cónsul pinta la situacion de la República, y los peligros que ya comenzaban á vislumbrarse, y porque comprendais lo que eran aquellos combates oratorios y políticos. Hé aquí sus palabras:

«Os prometo, senadores, que opondré, á esos hombres, una resistencia enérgica, obstinada, infatigable, y que no sufriré, miéntras sea Cónsul,

que realicen una conspiracion que, desde hace mucho tiempo, vienen meditando contra la patria. Y tú, Rulo, y algunos de tus colegas, os engañais groseramente si pensais que, á despecho de un Cónsul, que es más demócrata que vosotros, aunque no afecta serlo, habeis de poder levantar vuestra popularidad, sobre las ruinas de la República. Os cito, pues, os desafío ante la asamblea del Pueblo: al Pueblo elijo por árbitro de nuestra lucha.

»Si examino las cosas que son útiles y gratas al Pueblo, veo que nada hay tan conforme á sus gustos como la paz y la concordia. Vosotros, muy lejos de procurarle estos beneficios, me habeis entregado la ciudad inquieta y desconfiada, irresoluta y temerosa, turbada por vuestras leyes, vuestros discursos y vuestros actos sediciosos; habeis fomentado las esperanzas de los malos y las inquietudes de los buenos, y habeis ofendido la santidad del Foro, y la dignidad de la patria. En medio del desórden que reina en los negocios públicos y de la perturbacion de los ánimos; cuando el Cónsul haya dirigido su voz al Pueblo, haya desplegado su autoridad y derramado la luz en el seno mismo de las tinieblas; cuando demuestre que no debe temerse ni ejército, ni facciones, ni colonias, ni venta de propiedades públicas, ni

poder nuevo, ni tiranía decemviral; cuando asegure que, miéntras esté en el consulado no habrá más Roma, ni más capital del imperio que esta, y que todo el mundo seguirá gozando de una paz completa; entónces veremos si debo temer, ó no, que tu admirable ley agraria sea más popular que mis razones. Y cuando haya descubierto la iniquidad de tus miras, las fatales consecuencias de la ley, y las pérfidas maquinaciones dirigidas contra el Pueblo Romano, por sus mismos tribunos, veremos, tambien, si teme tu presencia, ante la asamblea popular, un cónsul como yo; cuyo inquebrantable designio es desempeñar su consulado libre y desinteresadamente, sin procurarse gobiernos, ni honores, ni distinciones, ni ninguna otra ventaja, ni beneficio, que pueda justificar la oposicion de los tribunos del Pueblo..... Así, pues, mi conducta será tal en el desempeño de esta suprema magistratura, que podré, siempre, reprimir las iras de un tribuno, si se dirigen contra la patria, y despreciarlas, si se dirigen contra mi persona.»

»Os ruego, pues, Tribunos del pueblo, en nombre de los Dioses Inmortales, os ruego que reflexioneis y abandoneis unas gentes que no tardarian mucho en abandonaros. Poneos de acuerdo con nosotros, unios á los hombres honrados y